

Compilación de ensayos del curso

Exclusión y resistencia del campesinado mexicano

Volumen I



Jefatura del Área académica Estudios críticos sobre América Latina



Créditos

Coordinación: Malin Jönsson, Tania Monserratt Téllez Serrano, José Sampietro Brosa, Sofía Cortés, María Fernanda Larrea, Martín Zarauz Michel, Joaquín Martínez Terrón

Autores: Alonso Gutiérrez Navarro, Daniela Hernández Hernández, Gladys Miranda de la Cruz, Janet Tinajero Delgado, Juan de Jesús Ramos Gutiérrez, Karina Mora Mendoza, Mayela Lara, Mónica Edith Ponce Ortiz, Rocío Toledo Aguilar

Fecha de publicación: Octubre 2025



Índice

Prólogo	vi
De la práctica al horizonte agroecológico	1
Alternativas agroecológicas: defensa de la milpa y el maíz	4
Estrategias económicas para la conservación del maíz nativo en México	7
Entre la tierra y la resistencia: Exclusión y resistencia de los pequeños productores de granos en México	9
La Dieta de la Milpa: una alimentación necesaria	12
Cuando el "oro verde" se vuelve barro... de la historia del monocultivo del aguacate o de una familia campesina en Michoacán	14
El granero de México	16

Índice

Nuevos actores sociales en el campo mexicano	19
---	----

Algodón nativo, patrimonio biocultural de los pueblos amuzgos de Oaxaca y Guerrero en riesgo	21
---	----

Prólogo

México es centro de origen, domesticación y diversificación constante de más de 100 plantas que hoy se consumen a nivel global; de las cuales, la más importante para nuestra diversidad biocultural pero también a nivel mundial entre los granos, es el maíz. Aunque durante miles de años se ha desarrollado y protegido el maíz en manos campesinas, hoy importamos más de 40% del consumido en el país, algo que pone en riesgo nuestra vasta cultura alimentaria pero también pone en riesgo la posibilidad de garantizar el acceso de la población mexicana a su sustento alimentario más esencial. Esto a pesar de las “buenas intenciones” por parte del gobierno, y algunos pasos dados hacia una política pública con el objetivo de crear autosuficiencia alimentaria desde de 2018, hasta la actualidad.

Consideramos que esto hace imprescindible entender cómo están hoy las condiciones para la producción de alimentos y en conjunto ponernos a pensar qué podemos hacer al respecto. Por tanto, la Fundación Semillas de Vida, en colaboración con la Jefatura del Área académica Estudios críticos sobre América Latina de la UAM Xochimilco, durante mayo del presente año (disponible en [YouTube](#)) organizamos un curso con el objetivo de comprender y pensar alternativas para el campesinado mexicano del cual uno de sus importantes resultados es este boletín.

Durante el curso, contamos con la presencia de grandes conocedorxs del tema y tuvimos el honor y privilegio de escuchar clases magistrales de Eckart Boege, Blanca Rubio, Julieta Ponce, Leticia López, Marcos Cortez, Rocío Albino, Horacio Santiago, Jaime Morales, Pánfilo Hernández, Carlos Ventura, Monserratt Téllez y su servidora. Lxs docentes vienen del sector académico, organizaciones sociales y comunidades campesinas, promoviendo un diálogo con más de un centenar de personas de diversos estados del país que se interesaron en este espacio de reflexión colectiva, en un curso de 20 horas divididas en 10 sesiones. Cada sesión contamos con la presencia virtual en promedio de 170 personas.

Para difundir y dar a conocer el resultado del curso realizamos una selección de 26 de los ensayos entregados, divididos en tres boletines, todos sobresalientes, para que se conozcan las propuestas que salieron, y de igual manera entender la importancia que tienen los temas analizados en el curso y así agregar un granito de contribución a la posibilidad del desarrollo de políticas públicas integrales que realmente generarán una producción de alimentos sustentable, diversa, incluyente, indispensable para garantizar la salud de la población, la naturaleza y una alimentación culturalmente adecuada.

Malin Jönsson
Ciudad de México



De la práctica al horizonte agroecológico:

la experiencia del CESDER como construcción territorial y pedagógica en Zautla, Puebla

Alonso Gutiérrez Navarro

El Centro de Estudios para el Desarrollo Rural (CESDER), una universidad campesina con sede en Zautla, Puebla, desarrolló desde sus inicios (1983) una estrategia de vinculación con las comunidades de los municipios de Zautla e Ixtacamaxtitlán, de donde han provenido muchos de sus estudiantes a lo largo de los años. Uno de sus compromisos más importantes fue (re)conocer las formas de agricultura y ganadería campesinas presentes en la región y entender cómo se entretrejan con el entorno socio-natural.

La experiencia de más de 40 años ha permitido realizar acciones de conservación de suelos, manejo de agua, implementación de propuestas de unidades biointensivas, microtúneles, recolección y conservación de semillas, procesamiento de alimentos, conservación de la milpa, reordenamiento de la unidad de producción familiar, entre otras.

Asimismo, existe amplia experiencia en manejo de agua en viviendas y parcelas, recuperación de semillas y plantas de árboles endógenos, manejo de viveros y reforestación comunitaria. Como parte del manejo de la unidad familiar campesina, se ha trabajado en la recuperación y manejo de plantas y animales silvestres comestibles y medicinales. Todo esto con el objetivo de avanzar hacia la autosuficiencia alimentaria y la defensa del territorio de las familias.

Del CESDER se habla normalmente de su experiencia educativa y pedagógica, con múltiples referencias y halagos (Hernández-Loeza, S, 2014). En este texto, quiero destacar cómo la experiencia ecológico-productiva, siempre ligada al proceso educativo y comunitario, representa un caso singular en el panorama de las transiciones agroecológicas en México.

El CESDER puede aportar al movimiento agroecológico su experiencia por más de 30 años acompañando y construyendo una relación con familias campesinas en diferentes comunidades, la cual se puede evidenciar gracias a sus prácticas presentes en las milpas campesinas y en las unidades familiares en la región, así como las acciones instrumentadas localmente en materia agroalimentaria. El Centro ha podido generar experiencia por medio de un campo experimental, una estación climatológica básica, un laboratorio de campo y un acervo de semillas criollas locales que trabajan en función de las necesidades que se han ido observando. Al ser un centro académico con grados profesionales de licenciatura y maestría reconocidos oficialmente por la SEP, ofrece condiciones para la formación de jóvenes indígenas y campesinos que podrían participar en investigación, capacitación y generación de conocimientos contextualizados.



Considero que se ha constituido, a lo largo de estos años, como una alternativa y una resistencia dentro del campo mexicano por su participación en la defensa territorial contra la minería, como es el caso Tecoltemi y Tlamaca, como una propuesta de dignificación de la vida campesina y la búsqueda de la buena vida. A diferencia de las aproximaciones que adoptan la agroecología como punto de partida teórico y práctico, la experiencia del CESDER revela que se trata de una conclusión derivada de décadas de trabajo pedagógico, comunitario y educativo-productivo, anclado en las realidades campesinas de las comunidades de Zautla (Messina et al 2017).

A partir del concepto de “prácticas teóricas”, enmarco cómo un proceso de aprendizaje, reflexión y territorialización forjó una forma distinta de resolver necesidades concretas, enraizadas en las luchas, valores y formas de vida locales, que después se convirtió en una propuesta agroecológica.

En lugar de adoptar la agroecología como un marco previo, la institución llegó a ella como síntesis histórica, política y pedagógica. La agroecología en el CESDER no es una alternativa técnica, sino el resultado de un proceso colectivo centrado en la vida campesina y sus aspiraciones de autonomía, dignidad y vida buena.

2. Comunidad como origen y horizonte

Desde su fundación, el CESDER ha reconocido a la comunidad no como objeto de intervención, sino como espacio de producción de conocimiento. La educación se entiende como una transformación mutua, donde los estudiantes se convierten en sujetos críticos mediante el diálogo, el encuentro y la apropiación de la palabra. Se ha constituido una propuesta sobre la pedagogía del sujeto, que es la base para cualquier especialidad de trabajo o formación, ya sea la agroecología, la comunicación comunitaria u otra especialidad ofrecida dentro de la licenciatura del CESDER. Una característica clave para entender esto es el modelo desarrollado de alternancia entre la formación escolar y la práctica productiva: “La escuela vinculada a la comunidad” (Pieck y Messina, 2008). Este modelo permite a los jóvenes

campesinos aprender haciendo, mediante tecnologías apropiadas a sus territorios pero sobre todo reflexionando sobre su cotidianidad y origen. El “proyecto de vida” es el motor pedagógico: más allá del empleo, se busca una vida con sentido personal y colectivo (Martínez-Lobato, 2018).

Otro punto clave sería dimensionar el Rancho Agroecológico “La Cañada”, que nombramos Centro de cultivo de saberes, articulador de investigación, docencia, experimentación y capacitación. Es un rancho de 27 hectáreas que refleja la evolución del enfoque institucional, integrando la experiencia y el proceso de lo que podríamos denominar un diseño agroecológico de un agroecosistema. Pasó de ser un centro de experimentación agronómica a un espacio de prácticas agroecológicas campesinas e intercambio de saberes. Se privilegió la experimentación desde las necesidades concretas de las familias campesinas, por lo que todo lo realizado no está pensado inicialmente desde los principios de la agroecología. La agroecología no llegó como una teoría externa, sino como una forma de nombrar lo que ya se venía practicando: reflexión crítica, acción situada y compromiso con el cuidado del territorio. Muchos procesos de retroalimentación, modificaciones, acciones puntuales y aprendizajes sobre el error han ido consolidando la experiencia. Han ido cimentando lo que podemos llamar un pensar epistémico (Zemelman, 2005) desde las prácticas -teóricas.



3. Prácticas teóricas y saberes situados

El concepto de “prácticas teóricas” permite construir conocimiento desde la práctica concreta. Se teoriza a partir del hacer, en función de las necesidades y contextos locales. Esto rompe con las lógicas extractivistas del conocimiento y permite una agroecología situada, arraigada en el territorio (Rosset & Altieri, 2017), y sobre todo, a partir de la experiencia y la vivencia nombrada por sus protagonistas. Una frase recogida de uno de los colaboradores del CESDER, encargado de La Cañada, lo relata muy bien:

“Es desde la práctica y según el contexto específico y sus propias particularidades que se teoriza sobre el hacer, sobre las prácticas y pensando en las necesidades concretas de las familias de Zautla. Lo que le da sentido a cómo entendemos la agroecología no es en sí mismo el concepto de agroecología, sino la práctica, el aprendizaje, la reflexión y la crítica sobre lo que se va haciendo. La agroecología practicada en Zautla, en el rancho La Cañada y en la estrategia pedagógica de la Licenciatura, parte de la experiencia específica de este lugar y tiene sentido aquí; no se trata de exportar los conocimientos como si tuvieran la misma validez en otro lado. Tampoco quiere decir que en otro lugar no puedan aprender de ellos; lo único que se señala es que su criterio de verdad, de transformación y de posibilidad adquieren sentido en esta experiencia concreta y en este caminar del CESDER a través de los años.” (Martínez-Lobato, 2018).



Desde la experiencia, la necesidad y la escucha es que se construyó la agroecología que se practica en el CESDER, y que después llegó a constituir el plan de estudios de la especialidad de la licenciatura en Procesos rurales Sustentables para una Vida Digna. En el CESDER le hacemos honor a las personas, a los estudiantes, a las y los campesinos con los que trabajamos, nuestra propuesta es para ellos y para la transformación de la vida en esos contextos, no para llenar una currícula.

La agroecología en el CESDER no fue un punto de partida, sino un horizonte al que se llegó caminando junto con las comunidades. Su fuerza radica en estar enraizada en la vida campesina, en sus prácticas, saberes y luchas. Esta experiencia ofrece una lección fundamental: la agroecología debe cultivarse colectivamente, desde abajo y con un compromiso ético-político. No hay fórmulas preconcebidas ni principios que determinen dónde terminará la experiencia, sino un camino en el que se hace después se reflexiona sobre el hacer y se decide cómo dar los siguientes pasos desde el suelo que ya se ha forjado previamente.

Referencias

- Hernández-Loeza, S. (2014). El CESDER y la UCIREL como apuestas de vida en la formación de sujetos de la digna rabia desde Instituciones de Educación Superior (IES) en México. *Revista Uturunku Achachi* (Vol.3), pp.45-67
Recuperado de: uturunkuachachi.academialatinoamericana.org
- Holt-Giménez, E. (2006). *Campesino a campesino: Voices from Latin America's Farmer to Farmer Movement for Sustainable Agriculture*. Food First Books.
- Martínez Lobato, J. (2018). Entrevistas internas del CESDER. Archivo pedagógico.
- Messina, G, Serrano, I y Comunidad M.A (2017), ¿Qué formación? Relato desde historias de vida. La experiencia del CESDER. CESDER, InteRed, Puebla, 251 p.

-Zemelman, H. (2005). Pensar teórico y pensar epistémico. En *Voluntad de conocer: el sujeto y su pensamiento en el paradigma crítico* (pp. 61-88). Barcelona: Anthropos.

-Rosset, P., & Altieri, M. A. (2017). *Agroecología: ciencia y política*. Icaria Editorial.



Alternativas agroecológicas: defensa de la milpa y el maíz



Daniela Hernández Hernández

Hace casi 10 mil años, en Mesoamérica se dio un suceso que marcaría para siempre a la humanidad: el maíz empezó un largo proceso de domesticación y diversificación, hasta como hoy lo conocemos. Por ello, Mesoamérica y en particular México, son considerados centro de origen de tan vital alimento (Boege, 2021).

Gracias a los pueblos originarios y al campesinado este proceso sigue en constante evolución, pues dicho alimento cimentó las bases de una civilización (San Vicente Tello, 2021). Por lo cual el arraigo a él va más allá de lo alimenticio; es parte vital de la cultura y la sociedad pues permitió a nuestros antepasados desarrollar una cosmovisión del mundo que los rodeaba e hicieron de él una deidad, que, lamentablemente en la actualidad es para muchos solo una mercancía. Dada su gran adaptabilidad, sabor y valor nutricional, el maíz es el alimento más importante a nivel mundial y es vital

ahora más que nunca pues dicha adaptabilidad lo hace imprescindible ante el cambio climático. Esta importancia ha acarreado consigo una constante ambición de los mercados por maximizar su rendimiento a costa de tratar de acabar con la amplia variedad de razas que hay.

Asimismo, otro de los mayores aportes de Mesoamérica fue la milpa, sistema milenario que ofrece alimentos variados, ricos, nutritivos y locales a cientos de pueblos. Este sistema también se ha visto afectado por la agricultura industrial.

La agricultura industrial y la dieta neoliberal actual han detonado problemáticas sociales como abandono del campo, migración, pobreza, violencia, obesidad, hambre, desempleo, narcotráfico, desplazamiento territorial y daño a la biodiversidad. Ha creado una total ruptura en el tejido social.

Respecto a México diversas políticas globales, en particular el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (ahora TMEC) se identifica como el origen de esta problemática, pues dicho tratado ha ocasionado gran parte de estos conflictos al sustentar el desarrollo industrial nacional a través del desmantelamiento del sector agropecuario y en la inversión extranjera que precariza la mano de obra, explota recursos como el campo, minería y recursos hídricos (Rubio, 2021).

México exporta a EUA aguacate, jitomate, berries, chile, cerveza, tequila e importa alimentos de primera necesidad como arroz, trigo, maíz. Para Jaime Morales Hernández, exportamos agua: alimentos que no son vitales y cuya producción ocasiona problemas socio-ambientales e importamos alimentos de primera necesidad.

Este modelo neoliberal antepone los intereses mercantiles sobre los derechos humanos, así como el interés privado por encima del público y común (Jönsson et. al. 2023).

En particular la dieta que ofrece es uno de los más grandes problemas actuales pues ocasiona deforestación y un gran gasto hídrico al producir un excesivo volumen de comida del que según la FAO, termina perdiéndose aproximadamente un tercio de la producción mundial y en especial los productos de origen animal son los más desperdiciados así como los que mayor impacto ambiental generan. López y Rosas (2024), señalan que en los últimos 40 años se ha reducido la producción de granos básicos en nuestro país y se ha duplicado la superficie para producción de forrajes, lo que denominan como la "ganaderización de la agricultura".

El sistema alimentario mundial se ha hegemonizado según lo dicta la industria a tal nivel que se conforma esencialmente por 12 especies vegetales y 5 especies de animales que forman parte más del 70 % de los alimentos (Boege, 2021).

Una de las principales alternativas para luchar contra este modelo agroalimentario nocivo es la milpa. En un mundo donde se busca maximizar la producción alimenticia a costa del bienestar social y ecológico, la milpa resiste y es una gran alternativa para lograr seguridad y soberanía alimentaria, las cuales son inciertas para millones de personas a causa de los oligopolios de la industria alimentaria.

El sistema agroecológico de la milpa es integral: es una herencia biocultural milenaria que refleja la cosmovisión de nuestros antepasados, tiene gran importancia ecológica y provee de seguridad alimentaria. La milpa permite no solo disfrutar alimentos nutritivos sino que también ofrece una amplia gama de sabores propia de las distintas culturas que por miles de años la han aprovechado, este sistema posee tal nivel de resistencia y adaptación a problemáticas sociales y ambientales que sigue siendo la principal fuente de alimentación de gran parte de los pueblos originarios.

La milpa y el maíz son símbolos del patrimonio biocultural. En particular defender al maíz es una lucha civilizatoria (San Vicente Tello, 2021). La milpa permite la autosuficiencia alimentaria y la diversificación alimenticia (Bastida-Francisca et. al. 2024). Volver a la milpa milenaria es lo más vanguardista desde una mirada científica, empírica y sociocultural (Juleta Ponce, 2025).

Por todo lo enunciado anteriormente es vital construir alternativas decoloniales que tengan bases en nuestros orígenes; la milpa es un excelente ejemplo de las posibles alternativas agroecológicas pues genera beneficios económicos, sociales y ecológicos y es aliada para hacer frente a problemáticas mundiales como el cambio climático, pobreza, desnutrición. Asimismo es sinónimo de la convergencia de los saberes de pueblos originarios y conocimientos científicos pues esta ha evolucionado a través del tiempo según las necesidades de los campesinos.

El sistema agroalimentario actual es un sistema degradatorio: degrada suelos, sociedades, el ambiente, es un sistema que ha acelerado el cambio climático. Debemos cambiar el modelo neoliberal y autoritario por uno basado en la defensa del bien común y continuar la lucha por la soberanía alimentaria (López y Rosas, 2023).

Desde nuestra cotidianidad hasta el marco jurídico se deben crear y proponer alternativas para lograr estos objetivos:

Es necesario crear un marco regulatorio para la total prohibición del maíz transgénico basado en políticas públicas de bioseguridad, también es esencial la prohibición del uso de glifosato y del intento de apropiación de las semillas a manos de empresas privadas, pues esas semillas pertenecen a los pueblos originarios. Se debe fundamentar un plan integral agroecológico para lograr una sólida seguridad y soberanía alimentaria y crear bancos de alimentos para luchar contra el desperdicio de comida.

Se tienen que crear programas de apoyo al campo que sean integrales y bien estructurados. Respecto al TMEC lo ideal sería sacar de este los acuerdos referentes a la agricultura, particularmente al maíz. Debe ponerse como eje central a la agricultura local regulando los permisos a actividades de explotación como la minería, fracking, ganadería y agricultura industrial e implementar una estricta restauración de suelos y ecosistemas.

A nivel personal y social debemos replantearnos la forma en como funciona el sistema agroalimentario actual y revolucionarlo; promover el consumo local y de alimentos de temporada, volver a la milpa así como disminuir el consumo de carne y tener una alimentación basada principalmente en productos de origen vegetal.

Es fundamental proteger el patrimonio cultural desde los bancos de semillas locales, las ferias de intercambio de semillas, el intercambio de saberes y la creación y fortalecimiento de movimientos sociales que aumenten la participación ciudadana informada.

Debemos crear sistemas alimentarios que sostengan a la humanidad y no al modelo oligopólico de la industria alimentaria. Necesitamos cambiar a un sistema que sea sostenible, que ponga como pilar la salud, la economía familiar y a la sociedad, que fomente la protección a la biodiversidad y la sustentabilidad. Un sistema que sea local, ético y no globalizado.

Tiene que ser objetivo de todos pensar y hacer alternativas a través de la comunidad, pues es nuestro derecho y responsabilidad como punto de origen del maíz y de una de las civilizaciones más trascendentales del planeta.

Referencias

- Bastida-Francisca, I., Ávila-Nájera, D. M., Pedraza-Mandujano, J., Guzmán-Gómez, E., Santiago-Mejía, H., y Albino-Garduño, R. (2024). Biocultural evaluation of the mazahua milpa in a community in the northeast of the State of Mexico. *Agricultura, Sociedad y Desarrollo*.
- Boege, E., (2021). El sistema milpa y el patrimonio biocultural de los pueblos indígenas y comunidades campesinas equiparables de México. En Carlos Méndez Domínguez, ed. *Milpa: pueblos de maíz. Diversidad y patrimonio biocultural de México*, INAH-Secretaría de Cultura-Secretaría de Cultura y Turismo. pp. 173-208.
- Comisión EAT – Lancet. (2019). Dietas saludables a partir de sistemas alimentarios sostenibles.
- Jönsson, M., Cortez Bacilio, M., Morales Hernández J., Alvarado Castro E. R. (2023). "Cuidando nuestras semillas: Experiencias campesinas en la conservación, defensa y protección del maíz nativo en México".

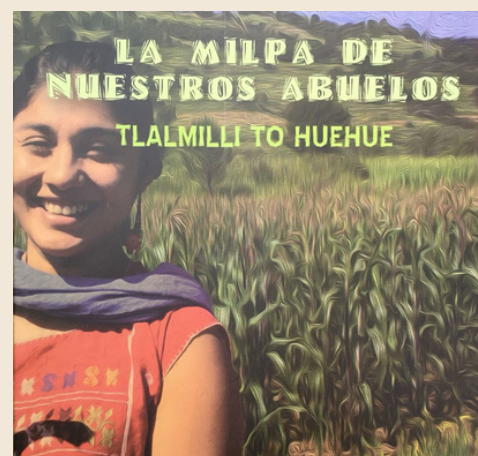
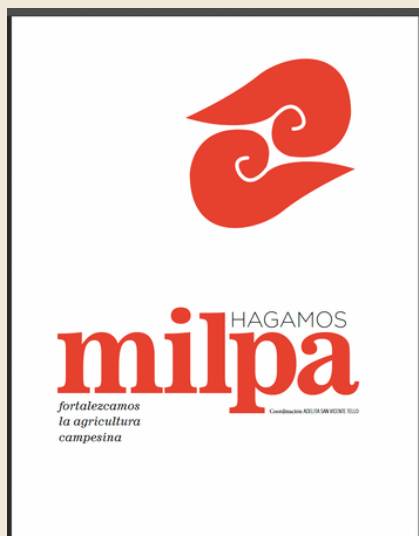
OTRAS PUBLICACIONES DE SEMILLAS

-López, M., Rosas, J. (2023). Luchas sociales por la vida rural y la soberanía alimentaria. En Ciencias y Humanidades, (6). Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (Conahcyt). pp 75-83.

-López, M. L., Rosas, J. (2024). Panorama general de los sistemas agroalimentarios en México. En M. de L. Flores López & M. K. Solís López (Coords.), Visiones de los futuros: escenarios y prospectiva en la reconfiguración de los sistemas alimentarios en México. Contribuciones para las políticas públicas. Centro de Investigación y Asistencia en Tecnología y Diseño del Estado de Jalisco. pp 49-78.

-Rubio, B. (2021). "La situación rural de México durante los tumultuosos años 2000". En Antonieta Barrón, Emma Sifuentes y Dora Cabezas (coords.) Mujer y crisis en México. Una perspectiva socioeconómica. México: Facultad de Economía UNAM, Universidad de Colima y Universidad de Nayarit, pp. 25-47.

-San Vicente Tello, A., Mota Cruz C., (2021). Gente de maíz: maíz y sociedad. En Carlos Méndez Domínguez, ed. Milpa: pueblos de maíz. Diversidad y patrimonio biocultural de México. 1era coedición. Toluca-Ciudad de México: INAH-Secretaría de Cultura-Secretaría de Cultura y Turismo. pp. 255-289.



Estrategias económicas para la conservación del maíz nativo en México



Gladys Miranda de la Cruz

México, es reconocido como centro de origen y diversificación del maíz, pero enfrenta una contradicción profunda en su sistema agroalimentario. Por un lado, depende cada vez más de importaciones masivas de grano básico, el año pasado batimos récord: 25.3 millones de toneladas de maíz transgénico llegaron de Estados Unidos (El financiero, 2025). Por otro, presenciamos la pérdida de nuestras variedades de maíz nativas, aquellas que durante milenios han sustentado la dieta y cultura mesoamericana. La Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (CONABIO) revela que el 30% de las 59 razas de maíz identificadas en el país se encuentran en riesgo de desaparecer, esta erosión genética amenaza no solo la soberanía alimentaria, sino un patrimonio biocultural milenario. El siguiente ensayo analiza el contexto crítico y se proponen algunos mecanismos financieros que podrían ayudar a revertir esta tendencia,

centrándose en la viabilidad de modelos alternativos para pequeños y medianos productores.

La pérdida de maíces nativos viene de lejos y forzosamente es necesario identificar algunas causas estructurales entrelazadas de un problema complejo. Históricamente en el ámbito de las políticas públicas paulatinamente se ha ido abandonando en campo, por citar un ejemplo actual, programas como Fertilizantes para el Bienestar ha enfocado sus recursos principalmente en promover paquetes tecnológicos basados en insumos químicos y semillas mejoradas, marginando así los sistemas tradicionales como la milpa. Paralelamente, los tratados comerciales históricamente y hoy por hoy han facilitado el ingreso de maíz transgénico subsidiado, que llega a venderse hasta un 30% más barato que las variedades locales, según

estudios de mercado realizados por Appendini (2014). El resultado es triste pero lógico: muchos campesinos, entre la espada y la pared, van dejando sus semillas nativas por esas variedades comerciales que prometen más ganancias rápido, aunque a la larga terminen siendo un dolor de cabeza porque las semillas son menos adaptadas a sus territorios y lo hace más dependientes de insumos cada vez más caros.

Pero aquí viene lo interesante, resulta que mientras el gobierno empuja esos paquetes tecnológicos, la ciencia nos muestra que nuestras semillas nativas son unas verdaderas sobrevivientes. Existe evidencia científica sobre las extraordinarias capacidades adaptativas de las variedades criollas. Investigaciones recientes en el estado de Chiapas han documentado el caso del maíz Olotón, una variedad nativa que demuestra una notable plasticidad fenotípica (capacidad de modificar su expresión genética en respuesta al ambiente), permitiéndole superar en hasta 15% el rendimiento de híbridos comerciales bajo condiciones de sequía extrema (Torres- Morales et al., 2022). Estas características no son producto del azar, sino el resultado de un proceso coevolutivo milenario entre las plantas y las comunidades que las han domesticado, seleccionado y cuidado generación tras generación de campesinos que sabían lo que hacían. Precisamente por eso es tan importante que se sigan cultivando en sus tierras de origen. eso que los expertos llaman conservación "in situ", para que no pierdan esa capacidad de adaptarse.



Ahora bien, considero que el desafío central que enfrentamos hoy día es cómo traducir el valor biocultural del maíz nativo en un mecanismo económico concreto que hagan viable la conservación desde la perspectiva del campesinado. Aquí es donde los mecanismos económicos pueden marcar la diferencia. Los certificados de diversidad agrícola, por ejemplo, representan una herramienta prometedora que podría operar como bonos transables, donde cada certificado equivaldría a la conservación de una hectárea de maíz nativo, generando así un flujo económico directo hacia los custodios de la agrobiodiversidad. Un mecanismo similar al de los bonos verdes que ha sido ampliamente utilizado en México.

Complementariamente, los fondos comunitarios de garantía surgen como otra alternativa viable, particularmente adecuada para contextos rurales. Estos fondos, se pueden capitalizar mediante alianzas entre gobiernos locales, organizaciones civiles y a veces incluso empresas comprometidas con la responsabilidad social, en el cual proporcionan capital semilla para préstamos dirigidos específicamente a productores que mantienen variedades nativas. Estos mecanismos podrían adquirir mayor potencia si se pudieran combinar con estrategias de comercialización diferenciada que permitan capturar valor agregado, ya sea mediante denominaciones de origen, sellos de calidad o sistemas de trazabilidad que conecten directamente a productores con consumidores conscientes dispuestos a pagar por productos auténticos y sustentables.

Sin embargo, ninguna de estas soluciones podrá alcanzar su potencial sin una transformación paralela en las políticas públicas del sector rural. Resulta urgente reorientar los programas de subsidios agrícolas para que, en lugar de promover la homogenización, premien y apoyen activamente la diversificación biocultural. Condicionar apoyos como los del programa Producción para el Bienestar a la conservación de al menos

dos variedades nativas por parcela sería un primer paso significativo. Y por qué no pensar en impuestos verdes a esos insumos que tanto daño hacen, usando ese dinero para apoyar a quienes cuidan nuestras semillas.

Proteger el maíz nativo en nuestro país va mucho más allá de un acto de nostalgia cultural. Se trata de una inversión estratégica en seguridad alimentaria y adaptación climática. Las variedades nativas y/o criollas contienen genes valiosísimos para el mejoramiento genético futuro, con un potencial económico que apenas comenzamos a comprender. Los mecanismos financieros aquí propuestos representan no una alternativa viable para tejer puentes entre la conservación biocultural con la viabilidad económica de la agricultura campesina. El verdadero reto es superar la visión asistencialista y reconocer a los productores tradicionales como socios estratégicos en la construcción de un sistema alimentario más resiliente y justo.

Referencias

- Appendini, K. (2014). Reconstructing the Maize Market in Rural Mexico. *Journal of Agrarian Change*, 14(1), 1-25.
- CONABIO. (2022). Maíces nativos: diagnóstico nacional. Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad.
- El Financiero. (2025, 6 de febrero). Prohibición maíz transgénico: ¿Cuánto país compró México a EU en 2024? en: <https://www.elfinanciero.com.mx/economia/2025/02/06/prohibicion-maiz-transgenico-cuanto-pais-compro-mexico-a-eu-en-2024/>
- Sánchez G., J., M. M. Goodman, and C.W. Stuber. 2000. Isozymatic and morphological diversity in the races of maize of Mexico. *Econ. Bot.* 54(1):43-59.
- Torres-Morales, B., Rocandio-Rodríguez, M., Santacruz-Varela, A., Córdova-Téllez, L., Coutiño-Estrada, B., & López-Sánchez, H. (2022). Diversidad morfológica y agronómica de siete razas de maíz del estado de Chiapas. *Revista mexicana de ciencias agrícolas*, 13(4), 687-699. en: https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2007-09342022000400687



Entre la tierra y la resistencia:

Exclusión y resistencia de los pequeños productores de granos en México



Janet Tinajero Delgado

La historia del campo mexicano está marcada por paradojas: pese a su rol central en la alimentación nacional, los pequeños productores de granos y sus familias enfrentan exclusión de las políticas agrícolas, del mercado y de los espacios de decisión, enfrentan pobreza y hambre además de que el papel de la mujer sigue siendo invisibilizado. Este ensayo parte de una experiencia situada: ser hija de campesinos que, en condiciones adversas, han dedicado su vida a sembrar maíz y frijol en una comunidad rural de Jerécuaro, Guanajuato. Desde esta vivencia, se problematiza el papel de los pequeños productores en la actualidad, visibilizando las formas de exclusión económica, institucional y simbólica que enfrentan, pero también las resistencias que encarnan.

Los márgenes del sistema: campesinos fuera del desarrollo

Cada día veo el esfuerzo de mis padres

por producir alimentos. Se levantan muy temprano y, sin decirse mucho, inician tareas que conocen de memoria. Hoy pregunté a mi padre por qué sigue sembrando si los precios son tan bajos. Respondió: “los precios han sido los mismos desde el gobierno de Salinas, pero de algo tenemos que vivir; además, sería más caro comprar los granos”. Su respuesta condensa lo analizado en



el seminario sobre exclusión y resistencia del campesinado. Desde los años ochenta, con el modelo neoliberal, el Estado mexicano ha reducido el apoyo al campo. Como señala Quintana (2007), la liberalización del comercio agrícola, enmarcada en el TLCAN, tuvo efectos devastadores: los pequeños productores deben competir con granos importados, sin subsidios, créditos, ni infraestructura, viéndose forzados a migrar para sobrevivir.

Mi padre, como muchos otros campesinos, asume los costos de producción con recursos propios o endeudándose, sin certeza de recuperación. Depende del temporal, y sus tierras están expuestas a la crisis climática en la que vivimos. Este panorama refleja cómo las políticas favorecen a la agroindustria, dejando a los pequeños productores fuera del desarrollo agrícola. Sin embargo, sembrar en estas condiciones también es un acto de resistencia: seguir produciendo, seguir alimentando y seguir cuidando la tierra.

Programas recientes: avances parciales en medio del abandono

En años recientes, el Estado ha implementado programas como Producción para el Bienestar, que otorga apoyos directos a pequeños productores. Sin embargo, los \$2,000 pesos por hectárea resultan insuficientes frente a los altos costos de producción (semillas, fertilizantes, plaguicidas), y no siempre hay acompañamiento técnico. El mal uso de insumos y la falta de protección reflejan en parte la pérdida de saberes tradicionales, la influencia de la agroindustria y los riesgos para la salud (Arce-Estrada et al., 2024, p.147).

El programa Fertilizantes para el Bienestar pese a cubrir ya más de 3 millones de hectáreas, entrega cantidades mínimas y solo cubre al 17.5% de los productores, por lo que muchos campesinos deben comprar insumos costosos (INEGI, 2022, citado en Rubio, 2025, p. 92 & Gobierno de México, 2014). Sembrando Vida, con enfoque agroecológico, no se implementa en Jerécuaro, excluyendo a

Comunidades que podrían beneficiarse. Por su parte, Precios de Garantía resulta inoperante: las bodegas están lejos, y los intermediarios imponen precios injustos (Rubio, 2025, p.93). Así, muchos prefieren guardar el grano para autoconsumo que venderlo mal pagado. Aunque estos programas representan avances frente al abandono histórico, persisten fragmentados, sin visión territorial ni enfoque cultural. Como advierte Bartra (2006, p.58), mientras no se reconozca al campesino como sujeto estratégico y no sólo como población vulnerable, la exclusión se perpetuará.

Paradoja alimentaria en el campo: pobreza, malnutrición e inseguridad alimentaria

Una de las contradicciones más graves del sistema agroalimentario es que muchas familias campesinas (productoras de alimentos) enfrentan pobreza, malnutrición e inseguridad alimentaria. En Jerécuaro, más de la mitad de la población vive en pobreza (52.9% moderada y 5.79% severa), con ingresos insuficientes para cubrir necesidades básicas (Gobierno de México, 2024; INEGI, s.f.) La alimentación cotidiana también se ve afectada por la creciente presencia de productos ultraprocesados, de bajo valor nutricional y alto contenido calórico (Ortega, et al., 2021, p. 56 y 57). Esto genera una doble carga: sobrepeso y obesidad, junto con deficiencias nutricionales crónicas, siendo las mujeres embarazadas, los niños y las personas adultas mayores especialmente vulnerables.

Estudios recientes indican que seis de cada diez hogares en México enfrentan inseguridad alimentaria, siendo más grave en zonas rurales e indígenas (Mundo et al., 2021, p.1). A pesar de que aún se cultivan alimentos para autoconsumo, la estructura del sistema alimentario (despojo de tierras, transformación del consumo, colonización del paladar campesino) impide una alimentación adecuada.

Esta paradoja revela una violencia estructural: quienes sostienen los territorios y producen alimentos, muchas veces no pueden alimentarse, ni

alimentar a sus familias dignamente.

Ruptura generacional y pérdida de saberes campesinos

La precariedad del campo ha generado una ruptura en la transmisión intergeneracional de saberes. Muchos jóvenes optan por migrar a las grandes ciudades o a Estados Unidos, buscando mejores condiciones de vida. Saber sembrar, cuidar el suelo, conservar semillas criollas y seguir el calendario agrícola tradicional son conocimientos que se están perdiendo. Como se discutió en el seminario con la Dra. Rubio, esta migración no implica un rechazo cultural de lo rural, sino una estrategia de sobrevivencia. Los jóvenes ven a sus padres trabajar sin descanso, endeudarse, lidiar con precios injustos y sin respaldo institucional. Ante ello, la migración parece la única salida. Siendo esta ruptura también simbólica, es decir, se pierde el vínculo con la tierra y se fragmenta el tejido comunitario.

El papel invisibilizado de las mujeres campesinas

Un día pregunté a mi madre el por qué sigue haciendo tortillas si puede comprarlas. Respondió: "Mientras haya maíz en esta casa, yo seguiré haciendo mis tortillas; saben mejor y me ahorro unos pesos". Su respuesta revela el valor de su trabajo en la alimentación familiar y en la conservación de prácticas que sostienen la salud y la cultura. En contextos rurales marcados por la precariedad, las mujeres campesinas son clave. No sólo participan en la siembra y cosecha, sino que transforman los granos en alimentos de alto valor nutricional, como la tortilla de maíz nixtamalizado (Huerta & Reséndiz, 2025). Este conocimiento no es sólo técnico: es cultural, es cuidado y es resistencia. Las mujeres alimentan, resguardan saberes ancestrales y sostienen la vida comunitaria. Invisibilizar su labor perpetúa una visión incompleta y patriarcal del campo. Reconocerlas como sujetas centrales en la lucha por la soberanía alimentaria es urgente (Rosas & Rico, 2017, p.113).

Resistencia desde la cotidianidad rural

Gustavo Esteva sostiene que el campesinado ha sido criminalizado o romantizado, pero rara vez escuchado. Sin embargo, en sus prácticas cotidianas se ejercen resistencias culturales, políticas y económicas. Sembrar sin depender de la agroindustria, conservar semillas, compartir saberes y sostener la comunidad son actos de rebeldía frente a la lógica mercantil.

Así lo evidenciaron ponentes del seminario como Cortez (Guerrero), Albino y Santiago (Estado de México), Morales (Jalisco) y Hernández (Tlaxcala), quienes resisten desde sus territorios, pese a la adversidad. La siembra del maíz y el frijol no es solo una actividad económica, sino un acto de memoria e identidad. Mis padres no siembran por ganancia inmediata, sino porque es la forma de vida que conocen y defienden. Sin embargo, necesitan acceso a programas formativos que les permitan adaptar sus técnicas para cuidar mejor el medio ambiente, su salud y la de quienes consumimos lo que producen.

Los pequeños productores de granos en México han sido excluidos del desarrollo, pero siguen resistiendo desde sus prácticas cotidianas. Los programas actuales representan avances parciales, que requieren mayor articulación, enfoque territorial y reconocimiento cultural. Urge también atender la pérdida de saberes, la paradoja alimentaria y el papel de las mujeres campesinas.

Reconocer estas formas de vida no como rezagos, sino como alternativas viables para una soberanía alimentaria real, exige transformar las políticas y las miradas sobre el campo. La historia de mi familia, aunque personal, ilumina una realidad compartida: la del México rural que persiste, alimenta y resiste.

Referencias

- Arce-Estrada, I., Legorreta-Díaz, M. del C., & Castillo-Cruz, R. A. (2025). (Des)empoderamiento de agricultores: riesgos para la salud y el ambiente por plaguicidas altamente peligrosos. *Revista Internacional de Contaminación Ambiental*, 41, 137-150. Recuperado de: <https://www.revistascca.unam.mx/rica/index.php/rica/article/view/55217>
- Bartra, A. (2006). Milpas airadas: hacia la autosuficiencia alimentaria y la soberanía laboral. Recuperado de <https://www.aacademica.org/armando.bartra/65.pdf>
- Gobierno de México. (2024). Fertilizantes para el Bienestar rebasa cobertura de 3 millones de hectáreas de cultivos estratégicos. Recuperado de: <https://programasparaelbienestar.gob.mx/fertilizantes-para-el-bienestar-rebasa-cobertura-de-3-millones-de-hectareas-de-cultivos-estrategicos/>
- Gobierno de México. (2024). Jerécuaro. Recuperado de: <https://www.economia.gob.mx/datamexico/es/profile/geo/jerecuaro>
- Huerta, L., & Reséndiz, A. (2025). Las mujeres y la elaboración de la tortilla. *UNAM Global Revista*. Recuperado de: https://unamglobal.unam.mx/global_revista/mujeres-tortilla-maiz-historia-nixtamalizacion/
- INEGI. (s.f). Usa la estadística y la geografía para descubrir México. Recuperado de: https://cuentame.inegi.org.mx/descubre/economia/pesca_y_acuicultura/
- Mundo, V. Vizuet, N. I. Villanueva, M.E. García, A. Rodríguez, S. Sillas, M. M. Unar, M. Cuevas, L. Morales, C. Monterubio, E. & Shamah, T. (2021). Seguridad alimentaria en los hogares mexicanos. Instituto Nacional de Salud Pública. Recuperado de: https://insp.mx/assets/documents/webinars/2021/CIEE_Seguridad_alimentaria.pdf
- Ortega, E., Ortega, I. H., Rodríguez-López, E., & Luis, C. (2021). Breve análisis crítico de la sobreoferta y consumo de alimentos industrializados en México, antes y durante el COVID-19. *Educación y Salud: Boletín Científico, Instituto de Ciencias de la Salud, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo*, 10(19), 54-59. Recuperado de: <https://doi.org/10.29057/icsa.v10i19.7274>
- Quintana, V. (2007). AÑO 13: El impacto del TLCAN en la agricultura mexicana. *Vía Campesina*. Recuperado de: <https://viacampesina.org/es/a-13-el-impacto-del-tlcan-en-la-agricultura-mexicana/>
- Rosas, N. M., & Rico, T. (2023). El papel de las mujeres en la construcción de soberanía alimentaria. *Géneros*, 24(21), 95-118.
- Rubio, B. "Post scriptum. La exclusión de los productores rurales bajo la égida del TLCAN". En José Luis Calva (coord.), *Efectos del TLCAN/T-MEC en México*. Colección de libros Agenda para el Desarrollo 2024-2030, Volumen 19. México: Consejo Nacional de Universitarios – Editorial Fontamara, pp. 91-96, ISBN 978-607-736-968-4.



La Dieta de la Milpa: una alimentación necesaria



Juan de Jesús Ramos Gutiérrez

La milpa ha sido desde miles de años el sustento de la alimentación de los pueblos mesoamericanos. La milpa se caracteriza por ser un complejo agroecosistema en el cual se siembran, cuidan y cosechan, en asociación mutua, diferentes cultivos dentro de un mismo terreno o parcela; cultivos de los cuales el maíz, el frijol, la calabaza y el chile son ejes esenciales.

Dependiendo de la zona geográfica, y la tradición campesina, en relación con la milpa también se siembran otros cultivos como el haba o el chícharo; del mismo modo que alrededor de ella se suelen sembrar magueyes o nopales; así como diferentes de hortalizas (como la col o la cebolla), plantas medicinales y/o de ornato (como el toronjil, el epazote, la flor de mayo, la chaya o el cempoalxochitl) y árboles frutales (como la manzana, el durazno o la papaya), cultivos que a su vez pueden dar paso a la conformación de huertos familiares y/o solares. Aunado a lo anterior, dentro de la milpa también crecen de manera semi-silvestre diversas plantas que

como los quelites (como los quintoniles o los quelites cenizos); al mismo tiempo que dentro de ella interactúan entre sí diferentes especies animales (como los chapulines, las tuzas, los venados e incluso los perros y, por su puesto, la especie humana) Todo esto hace de la milpa “un sistema agrícola mesoamericano emblemático y corazón del patrimonio biocultural de los pueblos indígenas y comunidades campesinas” (Boege, 2021: p. 188). De la milpa se obtienen una diversidad de ingredientes que, a lo largo de la historia, han sido la base para preparar una infinidad de platillos y bebidas que forman parte de la cocina tradicional de cada pueblo y comunidad; alimentos que a su vez proveen de diversos aportes nutricionales a la salud humana. Sin embargo, en México la implementación de políticas neoliberales, así como procesos propios de la globalización, dieron como resultado una serie de cambios en la dieta de su población, cambios entre los cuales el aumento de enfermedades crónico-degenerativas (Dirección de Medicina Tradicional y Desarrollo Intercultural, s.f.),

Ante este complejo escenario de salud pública resulta urgente y necesario el actuar en conjunto de las diferentes instancias públicas y privadas, así como desde la propia sociedad civil, en pro de contrarrestar y atender este panorama. Una de las principales acciones que justamente colaboran a la atención de esta problemática de salud es la promoción e incluso reapropiación de “La Dieta de la Milpa”. Y es que justamente a partir de múltiples estudios se refiere la importancia que tiene para nuestro planeta cambiar aquellas dietas en las cuales se consumen productos elaborados de manera industrial e intensiva, por dietas más saludables y originadas a partir de sistemas alimentarios sostenibles (Comisión EAT-LANCET, 2019). Y un claro ejemplo de ello es la alimentación basada en la milpa.

Una de las principales acciones que maximizan la transición y reapropiación alimentaria de la milpa es la transmisión, a través de los distintos medios de comunicación (tanto físicos como digitales), así como por medio de las diferentes lenguas originarias, los diversos beneficios nutricionales que tiene la alimentación a base de la milpa (beneficios tanto para la salud humana como para la salud del planeta); labor para la cual resulta crucial un trabajo interdisciplinario entre diferentes áreas del conocimiento, por ejemplo, la medicina, la nutrición, la antropología, la biología, la pedagogía, la gastronomía o, por supuesto, las propias ciencias de la comunicación.

Asimismo, resulta crucial transmitir a las nuevas generaciones (desde los hogares o incluso desde los primeros años escolares) los beneficios que tiene alimentarse del sistema de la milpa, así como consumir (en media de las posibilidades de cada contexto) los alimentos que se producen de manera local o más cercana a los lugares en donde residimos. Otra acción que puede impulsar “La Dieta de la Milpa” es compartir desde las escuelas (quizá como parte de los propios planes de estudio) la importancia social, histórica,

Intercultural y ambiental que tiene la milpa, e incluso (en medida de las posibilidades de cada infraestructura escolar o espacio pública) abrir las posibilidades para organizarnos y vivir la experiencia de hacer milpa. De igual modo, es de vital importancia fomentar y apoyar aquellos espacios en los cuales se intercambien (a través del trueque) o venden de manera directa y a precios justos los productos que se cosechan de la milpa; acción que al mismo tiempo beneficia a el medio ambiente, a la economía campesina y que al mismo tiempo fomenta a su continuidad misma. Sin duda, no es tarea sencilla llevar a cabo cada una de las acciones comentadas anteriormente (entre otras más que seguramente se pueden mencionar), puesto que cada una de ellas conlleva una serie de gestiones que le permitan realizarse de la mejor manera posible; sin embargo, existen diversos proyectos que demuestran que esto es posible. Ejemplo de ello es la labor de los mercados alternativos o solidarios, la implementación de huertos escolares, la generación de materiales audiovisuales (desde instancias públicas o desde la organización social) que difunden la importancia de la dieta de la milpa, así como las milpas que se siembran en espacio públicos de la ciudad.

Hacer milpa y alimentarnos de ella son actos de resistencia, e incluso de amor, ante la compleja realidad de salud biológica, emocional, social y ambiental en la que vivimos.

Referencias

-Boege, Eckart (2021). El sistema milpa y el patrimonio biocultural de los pueblos indígenas y comunidades campesinas equiparables de México. En Carlos Méndez Domínguez (Ed.), Milpa: pueblos de maíz. Diversidad y patrimonio biocultural (pp. 173-208), INAH-Secretaría de Cultura-Secretaría de Turismo y Cultura.

-Comisión EAT-LANCET (2019). Dietas saludables a partir de sistemas alimentarios sostenibles [Documento PDF]. Consultado el 8 de julio de 2025 de: [https://eatforum.org/content/uploads/2019/07/EAT-](https://eatforum.org/content/uploads/2019/07/EAT-Lancet_Commission_Summary_Report_Spanish.pdf)

Lancet_Commission_Summary_Report_Spanish.pdf.

-Dirección de Medicina Tradicional y Desarrollo Intercultural (s.f.). Comida Saludable de la Cultura Mexicana. La Dieta de la Milpa [Documento PDF]. Consultado el 8 de julio de 2025 Recuperado de:

https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/715859/02_Dptico_Dieta_de_la_Milpa.pdf.



Cuando el "oro verde" se vuelve barro... de la historia del monocultivo del aguacate o de una familia campesina en Michoacán



Karina Mora Mendoza

"Circular" debería ser el verbo que defina la agricultura: un ir y venir de beneficios que retornan a sus orígenes. Sin embargo, en el México rural contemporáneo, esta dinámica se ha roto. Las ganancias del campo — concentradas en pocas manos— no revierten en quienes trabajan la tierra. Este ensayo explora cómo el monocultivo de aguacate en Michoacán ejemplifica la exclusión sistémica del campesinado, a través de un análisis sociohistórico y un testimonio personal. Muchos temas y procesos integrados en el curso "Exclusión y resistencias del campesinado mexicano", fueron para mí reveladores de las políticas agrarias que en muchos de los llamados Estados modernos, han privilegiado modelos de agricultura industrial en detrimento de los sistemas tradicionales. A través de un análisis multidisciplinario, hemos explorado la transición de una economía campesina diversificada —basada en

milpa, frutales y cultivos de subsistencia — hacia monocultivos dependientes del mercado global. Este proceso no solo ha atentado contra la agrobiodiversidad, sino que ha impuesto dinámicas de explotación laboral, migración forzada, pobreza, hambre y violencia en regiones como Michoacán, donde, por ejemplo, el monocultivo de aguacate ha contribuido al aumento del PIB nacional y estatal, pero también ha significado una transformación total del territorio.

Dicha bonanza económica no en todos los casos se traduce en bienestar generalizado que amortigüe la situación de precariedad alimentaria y económica en los pequeños agricultores y cuadrillas de cortadores o jornaleros. En las charlas sostenidas a través de la virtualidad, se destacó la resistencia organizada: desde las luchas zapatistas hasta las defensas comunitarias contra megaproyectos.

Poco menos se habló de cómo tales transformaciones, las acarreadas por la agricultura de exportación, fracturan familias enteras, como ha ocurrido en el mosaico aguacatero en Michoacán. Entre las muchas historias que constituyen el transcurrir de mi vida, hay una que ha sido atravesada por los vaivenes del "oro verde", una donde mi propio testimonio puede dar cuenta de ese México rural a donde tantas veces se han llevado promesas de prosperidad transformadas en deudas, ausencias y tierra que no es libre, porque sobre ella habitan, desde hace décadas, cadenas que no son de metal, sino de políticas públicas y aranceles negociados por hombres que jamás han pisado el campo mexicano y cuya llave, muchas veces, se encuentra en manos del crimen organizado.

Michoacán produce el 80% del aguacate mexicano, un negocio que genera miles de millones de dólares anuales en exportaciones, principalmente a Estados Unidos. Su expansión comenzó en los años 70, impulsada por la demanda estadounidense y políticas gubernamentales que incentivaron la reconversión de tierras. Para la década de los años 90, el Tratado de Libre Comercio (TLCAN) consolidó este modelo. Aunque en sus páginas no quedara estipulada la deforestación masiva que ha convertido bosques y montañas en huertas exportadoras para cubrir las demandas, la realidad ha superado las notas de aquel papel. En Michoacán, esas huertas ocupaban unas 13,000 has en 1974 que se han convertido en el último año en 266 000 has. Si bien los problemas del campo no pueden reducirse sólo a este monocultivo —dado que la historia agraria del país tiene antecedentes multifactoriales— es notorio que con su exportación masiva, la situación no mejoró. Las ganancias "taquilleras" del aguacate y el sin fin de representaciones sociales y culturales que se traducen del modelo de vida "del aguacatero" —por cierto, digno de admiración y emulación sobre todo por las generaciones jóvenes—, han hecho lo suyo en el aumento de la violencia y el crimen organizado, pues los carteles luchan por

Obtener el control de las rutas de exportación y extorsionan a productores y secuestran las tierras. Las ganancias no logran compensar la dependencia económica que el monocultivo genera con países como Estados Unidos ni los bloqueos comerciales que surgen cualquier mañana del año a placer de algunos interesados en el país del norte, quiénes, bajo las argucias más ingeniosas, se escudan en supuestas violaciones ambientales para controlar el precio del aguacate.

Este sistema convirtió a pequeños propietarios en eslabones de una cadena donde el dinero llega, pero no se queda. Así, los propietarios de huertas que no alcanzan la tecnificación ni certificación para ser parte del sistema exportador, se ven atrapados en las sauces de los empaques intermediarios que deciden cuanto pagar por la cosecha del año en turno. En último lugar quedan las familias de las cuadrillas de trabajadores que no son propietarios, que no tienen tierras ni otros ingresos y experimentan la devastadora realidad que se ha tejido para ellos.

La política pública mexicana abandonó al campesinado cuando priorizó la agroindustria exportadora. Los resultados van desde la pérdida de agrobiodiversidad por el reemplazo de milpas, frutales nativos y cultivos de traspatio, dejando dietas locales dependientes de alimentos procesados y familias hambrientas hasta la migración, marginación y vulnerabilidad social. En algunas regiones de Michoacán ya no se cultiva para comer, se cultiva para ser aguacatero. Ahora, muchas familias dependen de ingresos volátiles y cuando los precios caen, no hay ingresos y mucho menos ahorros. En consecuencia, una gran cantidad de los habitantes de las localidades han migrado, pues los jóvenes huyen de un campo que no tiene futuro y los que se quedan deben lidiar con la presión de sortear la violencia y la falta de ingresos estables y oportunidades laborales.

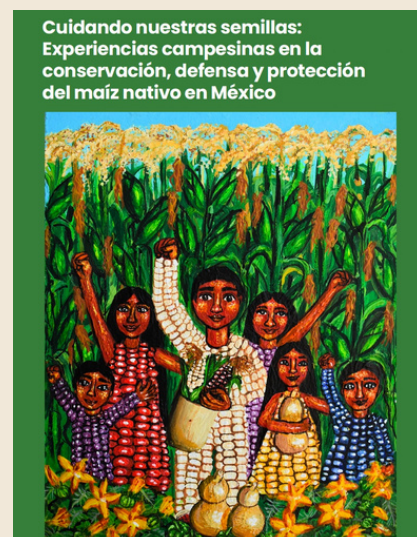
Esto se traduce en la existencias de pueblos vacíos, tierras envenenadas por fertilizantes y familias rotas.

Mi padre, como muchos, creyó en el espejismo. Los primeros años fueron de lujos y según me cuentan, de mucha ostentación. La tierra diversa de mi abuelo -con capulines, calabazas y chayotes-, se transformó, y cuando llegó a mi padre se convirtió en un paraíso verde de deudas y árboles perfectamente alineados. Pero el aguacate, pese a todas las propiedades que le adjudica la ciencia, también puede ser un cultivo cruel, pues en el sistema actual de producción, 1 requiere de inversión constante, agroquímicos y pesticidas, certificaciones para exportar, ollas de agua, cortadores, camiones para recoger la cosecha y un sinnúmero de gastos que con los años no han parado de subir, aunque el precio de la fruta muchas veces no para de bajar. Ese mercado ruletero donde un año se paga el kilo a \$50 pesos y en otro a \$8 no puede ser ejemplo de circulación sostenible. Mi padre, sin ahorros, pidió créditos para cubrir los gastos de la primera mala cosecha, luego, ya nunca dejó de pedir. La economía familiar que entonces se ocupaba de 7 hijos y una pareja, con el tiempo no logró ocuparse de nadie. La tierra se fue perdiendo cada año para pagar las deudas del año anterior y no hubo como paliar las desventajas estructurales que acechaban a la familia desde varias generaciones: falta de estudios formales y desarrollo de otras capacidades, situación agravada con la presión por mantener el estilo de vida ostentoso del "aguacatero". Receta perfecta para llegar a la pérdida de la tierra que heredó el abuelo. Mis hermanos migraron para ser jornaleros pero en otro país y la vida del "rancho" se quedó para los que arrendaron la tierra "a medias" una vez que mi mamá fue viuda.

El monocultivo del aguacate o las historias que lo atraviesan no es un caso aislado: es el símbolo de un sistema que sacrifica personas y ecosistemas en el altar del libre mercado, donde también hay espacio para las berries, el agave y otros que seguro vendrán impulsados por la globalización como nuevos "super foods".

Sin embargo, para familias como la mía, la historia está hecha, tal vez a modo de advertencia y razón por la cual, yo nunca quise abandonar la escuela, aunque tal vez me hubiera gustado saber como rescatar la tierra. Mientras tanto, sin políticas que protejan al campesinado, sin mercados justos y sin soberanía alimentaria, el campo mexicano seguirá exportando vida e importando miseria y fragmentación social. Quizá sea bueno empezar por recordar que la tierra no es una fábrica: es raíz, es memoria, es alimento, es casa y no solo huertas de aguacate.

Publicaciones



El granero de México



Mayela Lara

Los que nacimos en los años noventa en el estado de Sinaloa, crecimos escuchando con orgullo que “somos el granero de México”. Rodeados de agua y con ecosistemas que van desde la sierra, el valle o la costa, desde niños oímos hablar de la fertilidad de nuestros suelos. En este estado se siembra gran variedad de hortalizas, granos y legumbres, aunque la realidad es que en Sinaloa, el cultivo de mayor importancia económica es el maíz.

Nuestros valles están plagados de imágenes que muchas veces representan las semillas híbridas de alto rendimiento de maíz blanco que ahí se sembraron, el producto que nos convirtió en el principal productor de maíz en México, cosechando casi exclusivamente esta variedad para la producción de tortilla. Las marcas transnacionales que más se repiten a la vista hasta llegar a la costa son Dekalb y Asgrow de Bayer, así como Corteva y Bayonet.

En contraste al paisaje en las planicies, en los relieves de la Sierra Madre Occidental se resguarda y resisten más

de 10 variedades de razas de maíces nativos y criollos, protegidas por campesinos que se enfrentan a diversas amenazas que han llevado a la región a disminuir drásticamente las superficies sembradas con estos granos, a partir de la década de los noventa.

Diversidad de especies: certeza de lo que no se ve (el suelo), convicción de lo que se espera (la cosecha)

La milpa es el agroecosistema mesoamericano por excelencia, en ella se fusiona la gran diversidad biológica del territorio con la enorme diversidad cultural, dando lugar a la agrobiodiversidad finalmente basada en lo que Eckart Boege (2021) llama biocultura. Por un lado y en términos prácticos, el sistema milpa se trata de un espacio físico que sostiene ciertas especies diversas conviviendo en un mismo surco; Lo especial es que esas especies no están ahí al azar y ese espacio es dinámico de recursos genéticos. Sistemas como estos permiten aprovechar de manera complementaria el agua, la luz y el suelo, además favorece interacciones ecológicas tan benéficas como el control

de insectos, la fertilidad del suelo y la polinización (Conabio, 2016)

La especie principal de la milpa es el maíz, acompañada de diversas especies de frijol, calabazas, chiles, tomates, y muchas otras dependiendo de la región. Este policultivo de temporal refleja el conocimiento, la tecnología y las prácticas agrícolas que satisfacen las necesidades de indígenas y campesinos (Hernandez, 2025), respondiendo a los, al menos, 700 platillos registrados que se sirven tanto en frío como en caliente.

Para imaginar la complejidad de esta tecnología ancestral, pensemos en las 300 a 350 generaciones de abuelos y abuelas de los pueblos originarios que han adaptado, diversificado y generado especies, con sus miles de variedades. Los pueblos indígenas de Mesoamérica domesticaron el 15.4% de las especies del sistema alimentario mundial, convirtiendo a México en parte de los tan solo ocho centros de origen que existen en el planeta entero (Eckart, 2021).

Competitividad internacional VS biocultura

Entre 1940 y 1979, prácticamente todo el alimento que consumimos en México se produjo en territorio nacional, entonces los campesinos y los obreros eran los reproductores del capital: como productores y como consumidores. Es decir, aunque era una inclusión subordinada, pues esto les orillaba a reproducirse como explotados, aún no eran excluidos productivamente. En ese entonces tanto los precios de los alimentos como el salario obrero era bajo.

Para 1982, Miguel de la Madrid da apertura a un modelo productivista que desde entonces en adelante se hizo implícito en las políticas públicas, el neoliberalismo (López, 2025). Se desvinculó el precio de los alimentos del de los salarios. Dejó de importar el consumo interno y el consumo de los obreros cuando una nueva orientación industrial de punta se enfocó en la exportación, al tiempo que los salarios de campesinos y obreros bajaron

Drásticamente, precarizando su existencia. Las comunidades pasaron de tener el control de la cadena alimentaria a ser clientes.

Eje de exclusión: Se crea una élite de productores de maíz blanco en Sinaloa

Con la firma del Tratado de Libre Comercio (TLCAN), entró al país el maíz abaratado de Estados Unidos (EEUU). Previendo el hecho, el gobierno de Salinas creó un polo de desarrollo para la producción de maíz blanco, concentrando los subsidios en Sinaloa, abandonando a los pequeños productores y apoyando a las corporaciones, generando así una oligopolización donde 20 empresas controlan la agricultura en general y 4 empresas controlan la transformación y comercialización de maíz exclusivamente blanco (Rubio, 2025). En 1982, solamente el 1.82% del maíz de riego lo aportaba Sinaloa y para 1994, el estado aportaba más del 32%.

Con el impulso PROCAMPO, los precios nacionales se vieron ligados a los internacionales, la competitividad global sustituyó nuestra autonomía alimentaria. Las prácticas tradicionales se vieron cambiadas rápidamente por modelos de agricultura intensiva. El neoliberalismo trajo el monocultivo y una visión de crecimiento infinito. La búsqueda de un rendimiento cada vez más forzado de la tierra comenzó a elevar los niveles de químicos tóxicos en los alimentos cultivados de forma "industrial". Nuestra dieta y costumbres comenzaron a transformarse. Los campesinos, los pueblos indígenas y los pequeños productores, fueron subordinados a las lógicas extractivistas, mercantiles y clientelares (López, 2025).

Es importante recordar que antes de esta transformación política, económica y social, nunca se le otorgó dinero a nadie que no solicitara un crédito para sembrar, pero con la entrada del neoliberalismo y la firma del TLCAN comenzaron los asistencialismos como Progreso, Oportunidades, Pronasol, donde daban dinero a campesinos que

no tenían nada que ver con la producción. Se les asignó el rol de indigentes (Rubio, 2025).

Para el 2017 el 10% de los productores concentraron el 60% de los subsidios energéticos e hídricos. El 10% de los productores acapararon el 45% de PROCAMPO. El 10% de los productores concentraron el 80% del presupuesto del Programa Ingreso Objetivo (Bengala, H. en "Los Efectos del Presupuesto en el Sector Rural, 2017; citado por López, 2025). Aunque la negociación fue de Enrique Peña Nieto, fue López Obrador quien firmó en 2018 el Tratado entre México, Estados Unidos y Canadá (T-MEC), que de manera casi increíble vino a debilitar aún más económicamente a México. Así mismo, la Protección Constitucional de las Semillas Nativas y la Prohibición de la Siembra de Transgénicos promovida por Morena es un avance que no podemos dejar de valorar y tomar como arma.

Nuestra producción de alimentos forma parte de los juegos de especulación global. Aún cuando nuestras tierras de riego cuentan con mucho mayor rendimiento que las tierras de humedal de los EEUU, los precios dumping que maneja nuestro vecino para colocar sus excedentes en los países dependientes, deja sin mercado a los productores mexicanos al no poder competir (Rubio, 2025). Aunada a esta tragicomedia, el campo mexicano se ve amenazado por la sequía y la fuerte emigración que desató el mismo neoliberalismo en la nación.

Semillas nativas en Sinaloa resisten

En contextos específicos como el de Sinaloa, donde se dio la introducción de materiales mejorados a los valles de producción intensiva desde hace 50 años, hay familias de campesinos resguardando granos nativos, creando riqueza genética de cultivos desde las comunidades marginadas por la enorme producción agroindustrial. Granos rojos, negros y amarillos se pueden ver secando al sol en buenas temporadas, tanto en la Sierra Madre Occidental de Sinaloa colindando con Durango como

en los pueblos cercanos a las costas. Los municipios donde se cultiva maíz criollo son Concordia, San Ignacio, Cosalá, Rosario, Escuinapa, Elota, Mazatlán, Culiacán, El Fuerte, Sinaloa, Choix, Mocorito y Badiraguato. A pesar de que existen 14 variedades de razas de maíz nativo en Sinaloa, solamente existen cuatro comunidades que reciben incentivo económico para sembrar maíz nativo, ubicadas todas en San Ignacio (Zapien, 2021).

En muchos ejidos sinaloenses, todavía en la década de 1980 se sembraban alrededor de 15 cultivos en un mismo sistema, pero a medida que la milpa perdía importancia en la economía familiar, los cultivos asociados fueron igualmente desapareciendo. (Hirata, Campusano y Trujillo, 1989; Lazos, 2008; Lazos y Chauvet, 2012, p. 150). La edad promedio de los productores de los territorios, en su mayoría mayo-yoreme, oscila alrededor de los 60 años (Lazos y Chauvet, 2012: p. 145) y la falta de jóvenes continuando con el resguardo de este patrimonio genético es grave. El fuerte desplazamiento forzado interno por la violencia en el estado, así como los grupos criminales cooptando adolescentes, amenazan a los maíces nativos, que durante mucho tiempo fueron movilizados a la región serrana del noroeste desde los sitios de domesticación del centro y sur de nuestro país.



En 2012 se levantaron 170 registros: Se encontraron 9 razas de maíces nativos en 12 de los 18 municipios sinaloenses. Casi en la totalidad de los casos la semilla se obtiene de la cosecha anterior o de la familia. La mayoría de los productores (70%) cultivan sólo una raza de maíz y 88% en monocultivo. En el caso del policultivo, sólo se encontró un cultivo asociado y principalmente fue la calabaza (Lazos y Chauvet, 2012: p. 145), por lo que se puede inferir que el sistema milpa está desapareciendo.

En noviembre del 2020 el Congreso del Estado de Sinaloa aprobó el decreto de la Ley de Fomento y Protección del Maíz Nativo, pero es hasta hoy que las distintas bancadas siguen discutiendo. A la fecha, no se tiene información sobre la formalización del Consejo Sinaloense de Maíz Nativo del que se declara su creación en el Capítulo VI, Artículo 12 de la Ley de Fomento y Protección del Maíz Nativo del Estado de Sinaloa, y que vendría a formar parte clave para la ejecución de estas leyes que parecen seguir en papel.

Dicen que la resistencia es silenciosa, y se hace sembrando: Al menos desde 2012, se lleva a cabo la Feria de Maíces Nativos de Sinaloa que ha tenido lugar en distintos municipios del estado. Son estos encuentros los más valiosos para la diversificación genética inter-regional, pues en ella, cientos de campesinos y sus familias intercambian semillas, saberes, productos derivados del maíz como los famosos coricos, tamales o el tejuino, creando así fondos locales del resguardo dinámico de semillas nativas en la región (Bernardo y Mota, 2017). Ya que los participantes de estas ferias provienen de distintas geografías del mismo estado, los eventos van rotando de sede año con año. Los campesinos e indígenas sinaloenses están logrando el viaje del patrimonio genético y cultural a lo largo de bioregiones en resistencia. Los pueblos originarios de Sinaloa mantienen identidad cultural que desde el suelo hasta el cielo se traduce en una íntima relación con su naturaleza y su territorio.

Los territorios indígenas y de comunidades campesinas equiparables son laboratorios históricos de la domesticación y diversificación genética. Son ellos quienes han sabido levantar sistemas agrícolas que se vinculan ambientalmente con los bosques, selvas, valles, costas y montes que habitan. Son ellos quienes tienen una fuerte vinculación con el uso milenario de los recursos naturales y biológicos que históricamente han tenido una asombrosa adaptación con un conjunto de prácticas agrícolas en entornos difíciles o de estrés ambiental como sequías, heladas, lluvias excesivas, suelos precarios (Boege, 2021: p. 174-180) y el mejor ejemplo es el maíz: "No existe en el mundo ningún cereal que tenga estas características de adaptabilidad a tantos ambientes distintos. La milpa representa uno de los laboratorios de domesticación en donde los indígenas realizaron la proeza civilizatoria de adaptar este cereal a prácticamente casi todos los ecosistemas del país" (Boege, 2021: p.188).

Referencias

-Bernardo, María y Mota, Cecilio (2017). La defensa y conservación de la diversidad de maíces nativos por agricultores agrupados en la Red de Alternativas Agropecuarias Sustentables. Jalisco, México en Sembradores, No. especial por el decimo aniversario de la Fundación Semillas de Vida. pp 7-9.
-Boege, Eckart, (2021). El sistema milpa y el patrimonio biocultural de los pueblos indígenas y comunidades campesinas equiparables de México. En: Carlos Méndez Domínguez, ed. Milpa: pueblos de maíz. Diversidad y patrimonio biocultural de México, INAH-Secretaría de Cultura-Secretaría de Cultura y Turismo. pp. 173-208.
-CONABIO. 2016. La milpa. <https://www.biodiversidad.gob.mx/diversidad/sistemas-productivos/milpa>.
-Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad, Cd. de México. México. Contenido: Mahelet Lozada Aranda y Alejandro Ponce Mendoza

-Hernández, Panfilo [Semillas de Vida] (2025, 30 de junio) La protección campesina de la diversidad biocultural en Tlaxcala [Video] Youtube: <https://www.youtube.com/watch?v=B9USl1jgPmY&list=PL5mnPoJ45e-mxoCKx5RWvs7gC9TjtHqx3&index=9>
-Lazos, Elena; Chauvet Michelle (2012). Análisis del Contexto Social y Biocultural de las Colectas de Maíces Nativos en México. Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad. pp. 145-150
https://www.biodiversidad.gob.mx/meda/1/genes/files/analisis_socio_cultural_maices.pdf
-López, Leticia [Semillas de Vida] (2025, 16 de junio). Políticas públicas y agricultura campesina de 2018 hasta hoy [Video] Youtube: <https://www.youtube.com/watch?v=olKlb0e4sWA&list=PL5mnPoJ45e-mxoCKx5RWvs7gC9TjtHqx3&index=5>
-Palacios, Oscar; Ortega, Alejandra; Guerrero, Manuel; Hernández, Juan; Peinado, Luis (2008). Diversidad y Distribución Actual de los Maíces Nativos en Sinaloa. Proyecto FZ002. Conocimiento de la diversidad y distribución actual del maíz nativo y sus parientes silvestres en México. pp 9-17
-Rubio, Blanca [Semillas de Vida] (2025, 3 de junio). Exclusión y sobreexplotación de la producción campesina [Video] Youtube: <https://www.youtube.com/watch?v=V-9n7WNHE8o&list=PL5mnPoJ45e-mxoCKx5RWvs7gC9TjtHqx3&index=2>
-Zapien, Raquel (2021, 6 de marzo). Maíz criollo, la otra cara del campo sinaloense. Pie de Página



Nuevos actores sociales en el campo mexicano

Mónica Edith Ponce Ortiz

La actualidad del sector primario no puede ser comprendido sin tomar en cuenta la evolución de su entorno y sus sujetos sociales; los diferentes cambios por los cuales ha pasado el campo mexicano, desde el reparto de tierras hasta una pandemia por la covid-19 y la crisis económica global, han traído consigo nuevos actores sociales, nuevas relaciones sociales, nuevos escenarios rurales y no es que de repente aparezcan nuevos actores sociales en lo rural, sino que se ha permitido la visualización de personajes ya existentes pero antes invisibilizados, como es el caso de las mujeres, jóvenes y adultos mayores, estos se han detectado en las actividades agropecuarias, el papel de las migraciones y las remesas, entre otras. En este caso nos enfocaremos al papel emergente de la mujer en medio rural.

La mujer rural y la equidad de género en el desarrollo

En el medio rural, las mujeres asumen un papel protagónico y variado como campesinas, indígenas, promotoras rurales, trabajadoras en las maquilas, ejidatarias, migrantes y activistas

sociales. Siendo un tema que permea al campo mexicano, el avance del papel de la mujer, que, desde la equidad de género, ha logrado que se reconozca la importancia de estas en el día a día de la historia y su devenir en el sector primario mexicano.

La labor de la mujer es fundamental para la seguridad alimentaria, no sólo por su contribución a la producción y el procesamiento de productos, sino por su papel distributivo y regulativo. El esfuerzo de las mujeres por la

supervivencia y el bienestar de las familias rurales suele marcar los límites de la reproducción social y cultural de las poblaciones rurales.

Sin embargo, el aporte de las mujeres rurales como productoras de alimentos no siempre se ha reconocido. Dos motivos parecen generar esta situación:

- La “masculinización de la agricultura”,
- El predominio de una visión autónoma de la agricultura.

En términos de seguridad alimentaria, la función que cumplen las mujeres, así como los riesgos que asumen en las economías rurales, deben entenderse no sólo en función de la producción y distribución doméstica de alimentos, sino en términos de la sostenibilidad de esa función a lo largo del tiempo. La participación de las mujeres en las labores productivas agrícolas es mayor a la que suele aparecer en las estadísticas.

En México viven 14.7 millones de mujeres en localidades rurales. Ellas representan el 22.7% del total de las mujeres y el 11.7% de la población total del país, según las estadísticas del Instituto Nacional de Estadística y Geografía. Las mujeres rurales realizan trabajos para el sistema productivo y económico: cultivan la tierra, crían animales de engorda, pescan, procesan y distribuyen diversos productos en el mercado, y no todas ellas reciben ingresos por este trabajo ya que gran parte de este trabajo es considerado como ayuda familiar no remunerada.



A adicionalmente llevan a cabo el trabajo doméstico del hogar, trabajos de cuidado para niños, personas mayores, enfermas y en situación de discapacidad, así como diversas labores comunitarias.

Hoy día es claro que, en virtud del contexto cambiante de la ruralidad, están asumiendo nuevas obligaciones. El incremento de actividades no agrícolas observado en los últimos años en las economías rurales ha redundado en una mayor inserción de las mujeres rurales en el empleo no agrícola. La agroindustria, el comercio, el sector servicios y proyectos de conservación del ambiente son algunas de las ocupaciones a las que ahora se destina la labor de la mujer.

En los últimos años, las mujeres rurales han transformando su vida: incursionan en nuevas actividades y asumen nuevas funciones en la economía, en la familia y en la vida comunitaria, no en balde se habla de la feminización de la agricultura y la pobreza; se mueven temporal o definitivamente de lugar de residencia; empiezan a tomar decisiones sobre sus cuerpos y su maternidad; y también empiezan a acceder a la propiedad jurídica de la tierra y a ejercer puestos de representación. Ciertamente, el desastre que vive el campo mexicano ha empujado a familias enteras, especialmente a las mujeres, a incursionar en más espacios y a asumir más tareas, pese a los altos costos para



la salud, el bienestar y la vida de las mujeres y sus familias, se abren nuevos retos y otras perspectivas. Si bien esto realza la importancia de la mujer como actor social capaz de introducir cambios en el bienestar colectivo y en el desarrollo económico, social y ambiental, realzando su participación en los movimientos sociales, donde por sí misma, a través de estructuras más flexibles, donde obtiene autonomía y empoderamiento, que les permite fortalecerse creando redes de solidaridad entre distintos grupos de mujeres, que a su vez encuentran el apoyo externo de organizaciones

gubernamentales y no gubernamentales, de grupos cristianos y de organizaciones campesinas. Lo anterior nos lleva a pasar de una visión centrada en la mujer rural a una visión de género en el contexto del desarrollo rural. De esa forma será más fácil entender dónde residen los verdaderos problemas de equidad que están agudizando la pobreza en los sectores más golpeados por la indigencia: las mujeres rurales, las afrodescendientes y las indígenas.

Referencias

- Chauca, P. (junio 2014). Actores y organizaciones en los procesos de desarrollo local en México: una mirada desde la economía social. Observatorio Iberoamericano del Desarrollo Local y la Economía Social. N° 8, 14.
- INEGI (21 de mayo de 2022). Censo de Población y Vivienda 2020. Obtenido de <https://www.inegi.org.mx/>





Algodón nativo, patrimonio biocultural de los pueblos amuzgos de Oaxaca y Guerrero en riesgo

Rocío Toledo Aguilar

El campesinado mexicano, a través del tiempo, ha quedado descabijado a raíz de las políticas públicas que han favorecido más la producción industrial. El caso de los algodones nativos no fue la excepción, las políticas neoliberales permitieron la siembra de algodón transgénico en el norte de México del monopolio de una empresa transnacional, generándole grandes ganancias. Los algodones nativos quedaron en el olvido, lo que contribuyó en la reducción de su uso únicamente por campesinos indígenas en pequeñas áreas, quienes son los guardianes de las semillas

nativas de esta especie. Actualmente, la fibra del algodón nativo se usa escasamente, que incluye a los pueblos amuzgos de Guerrero y Oaxaca, donde esta fibra representa un patrimonio biocultural por ser materia prima para elaborar piezas textiles artesanales.

Cabe señalar que, la especie de algodón, *Gossypium hirsutum*, fue domesticada en territorio mexicano, lugar que es su centro de origen y diversificación, y los vestigios más antiguos de su uso se encuentran en nuestro país. Los marcos normativos no

han visibilizado su importancia desde la preservación, tanto de las especies domesticadas como de sus parientes silvestres, así como, la búsqueda de materiales nativos promisorios que revaloricen su uso. Aunado a lo anterior, factores sanitarios y ambientales, propiciaron que se desplacen los materiales nativos o se minimice su uso, al grado tal de su posible desaparición, lo que a su vez ha propiciado pérdida de su diversidad y erosión genética.

En las comunidades amuzgas se utilizan los algodones nativos (coyuche, verde y blanco) para elaborar prendas textiles; este proceso incluye cinco grandes áreas: producción de la fibra, despepitado, abatanado, hilado y tejido en telar de cintura; en estas actividades convergen una enorme cantidad de conocimientos ancestrales. El proceso de fabricación de una pieza textil con algodón nativo puede requerir varios meses e incluso el año completo.

El algodón forma parte de su modo de vida, tradición, legado de su indumentaria, su cultura e identidad y como fuente de ingresos económicos, donde se ven involucradas mayormente las mujeres, aunque en el cultivo de la fibra si se observa la participación de los hombres.



Sin embargo, recientemente, se ocupa más el hilo de algodón mercerizado por la disminución en la producción del algodón nativo y la sucesión en los conocimientos tanto de su producción como del hilado, esta última actividad requiere mucho tiempo y esfuerzo.

Son semillas que se encuentran en riesgo de extinguir su uso, si no tomamos acción, hacemos sinergias y conjuntamos esfuerzos para contribuir en la continuidad de su utilización, siempre que las artesanas lo demanden.

Los textiles amuzgos no son simplemente prendas de vestir, también representan sentimientos, ilusiones, mitos, creencias y experiencias de las comunidades (Wegier, 2016) y su gente; en los lienzos se plasman las vivencias, el sentir, y parte de la esencia de cada artesana.

Asimismo, es necesario mantener en resguardo una muestra de los algodones nativos en bancos locales de semillas, bajo la administración de los mismos campesinos, ante posibles ventos naturales que puedan causar mayor erosión o su extinción, y tener

disponibilidad para las generaciones presentes y futuras; así como, para investigaciones donde se detecten accesiones promisorias contra factores adversos, y como mecanismo para asegurar la soberanía. Cuando un recurso vegetal se encuentra en uso, se promueve su conservación in situ.

También se reconocen los esfuerzos en los últimos siete años por visibilizar a los pueblos y comunidades indígenas de México, reconocer su sabiduría y conocimientos y retomar acciones para mejorar sus condiciones de vida.

